

Eleanor Rigby

Sigue  
mi  
voz



Adrián nunca creyó que el destino pudiera estar escrito hasta que una chica misteriosa redactó el suyo en clave de sol. Ahora, convertido en una estrella internacional gracias a su grupo de música *indie*, procura encontrar sin éxito lo que le falta en el dinero, el abrigo de las fanáticas y sus amigos incondicionales: la magia de esos ojos tristes que espera que algún día le devuelvan la mirada, y con los que está a punto de tropezar por segunda vez... de forma completamente inesperada.

Lucía creía que no había camino, que este se hacía al andar; pero son muchos los senderos que ha recorrido y nunca llega a ninguna parte. Ni su caravana de recuerdos amargos ni su corazón errante arraigan en ningún sitio, ¿y dónde iba a hacerlo, si aquel encantador desconocido de sonrisa atrapasueños le robó su estrella, su guía, en el primer y último encuentro fortuito?

Lo que jamás habría imaginado es que ella también le habría arrebatado algo a él, y que no podrá escapar de nuevo sin devolvérselo.

¿Serán suficientes un acuerdo profesional, una semana de convivencia y la noche que vivieron años atrás para que Adrián pueda convencer a Lucía de que el destino de él y el camino de ella siguen la misma estela?

## Índice de contenido

Cubierta

Sigue mi voz

Nota del Editor

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Epílogo

Agradecimientos

Lista de canciones

Sobre la autora

Notas

## Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para todas las personas de las que me  
enamoré a *primera escucha*.  
Tenéis magia dentro.

# Capítulo 1

Nunca dejaría de sorprenderla su habilidad para emprender misiones suicidas. Era uno de sus talentos. Sabía de antemano que algo iba a salir mal, pero se arrojaba a la aventura igualmente.

Lo apropiado cuando se tenían estas actitudes temerarias era no quejarse después, porque, fuera cual fuere el castigo, se lo habría buscado sola. Sin embargo, a Lucía se le daba tan bien lamentarse como meterse en berenjenales.

—Venga ya, joder. —Golpeó el volante—. Muévete.

Esa era la acción de dudoso resultado que iba a llevar a cabo: arrancar su destartado coche, un Daewoo Matiz con más años que un bosque. Tenía medio fundida la batería —por eso le costaba arrancar—, una de las luces traseras estaba rota, no funcionaba el estéreo y, como no pisara el freno con quince segundos de antelación, podía empotrarse con el conductor de delante.

Si tenía suerte, sobreviviría al trayecto. Si tenía más suerte aún, la pasma no le plantaría una multa de varios céntimos por llevar rotos los faros.

Ese venía a ser el riesgo de su locura. Perder los valiosos puntos del carné.

Por fin el Daewoo se movió. Lucía lanzó un grito de júbilo y un puño al aire y trasteó en el móvil una canción para hacer más llevadero el paseo. La interrumpió una llamada

entrante: era la quinta vez que Miss Caffaina, su politono, sonaba por cortesía de Catalina.

—¿Qué quieres ahora, pesada? —Suspiró al manos libres.

Se incorporó al carril dando un volantazo y enseguida bajó la ventanilla. Para ser finales de abril y haber estado lloviendo hasta las tres de la tarde, hacía un calor espantoso.

Naturalmente, a su pieza de coleccionista tampoco le funcionaba el aire acondicionado.

Si es que tenía.

—¿Vienes ya de camino? —preguntó Catalina, frenética. Su voz de dobladora de hada en Campanilla le arrancó una sonrisa—. Me estoy poniendo nerviosa. Los artistas ya están aquí y no podemos dejar pasar a la gente hasta que no llegues.

—¿Por qué? Ni que fuera yo la que va a firmar discos.

—Te recuerdo que solo estamos Gerard, tú y yo para atenderlos, y aquí hay una cola que llega hasta Toledo. Te necesitamos para proteger la puerta..., pero eso da igual. Yo lo que no quiero es ponerme a gritar sola cuando los vea.

—Vas a gritar sola de todas formas, porque no soy una *fangirl* loca como tú. ¿Y cómo quieres que te acompañe en tu entusiasmo si ni siquiera sé quiénes van?

Para desvelar el misterio bastaría con echar un vistazo a la web del FNAC. Ahí habrían anunciado al grupo de música que iba a echar unas fotos, unos autógrafos y unas risas. Pero si ya le había faltado tiempo para peinarse en condiciones, menos tenía que perder indagando en internet, una costumbre adolescente a la que ella no era muy aficionada.

—Créeme, vas a gritar —prometió Catalina en tono misterioso.

—Lo dudo bastante. Ya sabes que mis grupos de música preferidos o se separaron en el siglo XX, o llevan unas décadas enterrados.

—Tampoco te darán rabia todos los que promocionan en Los 40, ¿no?

—Alguno suena bien —reconoció taciturna—, pero me da igual si os hacéis los *selfies* con La Pegatina o con Los Mojinos Escocíos. Yo voy para cobrar el día extra, que falta me hace, no a bailarle el agua a cuatro listillos de dudoso talento. Esa eres tú.

Vendía discos y libros en la franquicia del centro comercial porque necesitaba dinero. Iba siendo hora de que se largara de la caravana de su madre. Era un espacio demasiado pequeño para que cupieran tres personas: ella, la mujer que la parió y el que quisiera que fuese su novio semanal. Desde luego tenía mérito que su madre metiera en «casa» cada domingo a un imbécil peor que el anterior. Había que buscar muy a fondo o tener muy mala suerte para no dar con ni uno que mereciese la pena.

Lucía le seguiría reconociendo las agallas de lidiar con ellos, pero desde la distancia, donde no tuviera que aguantarlo.

—Está claro que no vas a bailarle el agua a estos que vienen, ya te lo digo yo..., pero te alegrarás de verlos. Pisa el acelerador. Abriremos a las siete en punto.

Colgó antes de que pudiera preguntarle por qué estaba tan segura de cuál sería su reacción.

Seguramente fuese un farol. Tali era esa clase de persona que estaba convencida de que todo lo que le gustaba debía gustarle a los demás. No era un pecado de egocentrismo ni de superioridad; no pensaba que sus *hobbies* fueran mejores que los del resto. Más bien era lo bastante ingenua para pensar que todos se aficionarían a lo que ella adoraba solo por lealtad. Porque la querían. Por lo pronto había intentado introducir a Lucía en el glorioso cine de Bollywood, los bailes de salón y los tintes de colores. No había tenido mucho éxito, pero al menos ambas tenían en común que adoraban la música y no comían animales.

Aprovechó el breve rato sola para poner música al azar en su móvil. Ya lo sabes de Marta Soto, una de sus canciones preferidas, inundó las inmediaciones de la lamentable carcasa que un pijo señaló desde la acera con ánimo de burla. Lucía le sacó el dedo corazón justo antes de parar delante de un semáforo.

Le dieron las siete y dos minutos sacando la cabeza por la ventanilla. Le gustaba el aire denso y el olor a tierra húmeda que dejaba electrizado el ambiente después de una tormenta. Lo malo era que le bufaba el pelo, pero no tenía a nadie a quien impresionar y su aspecto era lo último que le preocupaba.

Despegó los labios con la intención de cantar parte de la letra. Su garganta no emitió más que un gemido herido.

Lucía torció los labios hacia abajo y sacudió la cabeza.

No servía de nada intentarlo. Ni siquiera podía con una de las canciones que le iban que ni pintadas a su rango vocal. Pero eso no le impedía tararear, cosa que hizo hasta llegar al centro comercial.

*Aunque duela la verdad,  
aunque cueste reaccionar,  
serás destino, seré camino.*

Desechó todo pensamiento melancólico y aparcó tan rápido como se lo permitió el coche. Recordó lo que su amiga Mon le había soltado esa misma mañana antes de despedirla en la cafetería de siempre para irse a la facultad:

—Que creas que eso que tienes es un coche demuestra que eres mucho más optimista de lo que parece.

—Veamos —empezó Lucía—, tiene cuatro ruedas, dos retrovisores, un volante...

—Y tiene unas ganas tremendas de deshacerse de ti. Si no lo llevas al desguace por mera seguridad, al menos hazlo por orgullo. Él no tendrá la misma consideración contigo

y un día te dejará tirada en medio de la autovía... Si es que aún puede ir por la autovía.

—No lo entiendes. Yo le quiero.

Mon había arqueado una de sus estupendas cejas negro tizón.

—Te recuerdo que no me dejaste ponerle nombre porque te parece una de las formas más obvias de encariñarte con algo. O con alguien. ¿De qué me ha servido si ahora te da pena desguazarlo?

De nada, porque Lucía había terminado desarrollando un vínculo afectivo hacia su pequeña trampa letal. Ella, que se resistía a hacer amistades nuevas; ella, que no había adoptado un perro porque temía que este también la abandonase; ella, que no podía comprometerse ni a terminar una serie de ocho episodios. La cruda verdad era que su Daewoo sin nombre llevaba más tiempo a su lado que ningún rollo, amigo o cortometraje. Más que la propia Lucía en un mismo sitio geográfico. Esa tartana maldita le había enseñado lo que era la lealtad. No iba a despiezarlo. Si tenía que morir, morirían juntos.

Por lo visto, dijo todo eso en voz alta, porque Mon se la había quedado mirando en *shock*.

—No me jodas, Lucía.

Lo que menos pretendía era joder a nadie, así que había cambiado de tema en la cafetería igual que ahora abandonaba el coche para precipitarse al interior del centro comercial. Ciñó su bandolera a la cintura y echó a correr hacia las escaleras mecánicas. La altura del último peldaño le permitió valorar las dimensiones de la fila que esperaba su disco firmado.

Dios santo. Debía estar firmando allí el puñetero John Lennon resucitado. La cola llegaba hasta el exterior de los almacenes.

Entró en el FNAC por la puerta reservada al personal, evitándose el encontronazo con las fanáticas desesperadas. Cruzó el estrecho almacén de repuestos y dejó su bolso so-

bre la mesilla, junto a la chaqueta llena de estampados. Se quedó con el no muy favorecedor uniforme, compuesto por una camiseta de algodón básica y un chaleco negro con tiras amarillas. Muy simple para lo que acostumbraba a ponerse.

Su madre y Mon se repartían las bromas para referirse a su pasión por el colorido. Que si Miss Desigual, que si era la hija perdida de Ágatha Ruiz de la Prada, que si debería cobrar a la comunidad LGBT por la propaganda que les hacía con sus representaciones de la bandera arcoíris...

—Llegas veinte minutos tarde —la regañó una voz masculina. Gerard le puso una mano en el hombro—. Estamos desbordados. Catalina no da abasto con las fotos y yo he tenido que separar a algunas chicas para que no metieran mano al cantante.

—Lo normal. ¿Has dejado sola a Tali?

—Se han agotado los discos. He tenido que venir a por más —se excusó—. ¿Por qué no los buscas tú? Si no encuentras la caja, debe haber en el expositor. Lo siento, tengo que atender la puerta...

Lucía abrió la boca para preguntar de qué grupo tenía que sacar los discos, pero Gerard desapareció, agobiado, antes de aportar una pista.

Había dado por hecho que sabía quién estaba allí, porque, de hecho, debería saber quién era el pobre macizo vilmente manoseado.

¿De verdad habían intentado toquetearlo? Las mujeres solían ser más contenidas en ese aspecto. Ya podría estar bueno. O ya podrían estar ellas piradas.

Salió para averiguar qué ejemplares tenía que conseguir. Pasó entre dos filas dedicadas al *rock indie* y estiró el cuello para echar un vistazo al estand que se había montado para la firma. Atisbó una melena de rizos rubios que apuntaban a todas partes y, detrás de ella, una imagen de la portada del disco.

En cuanto lo reconoció, tanto al nombre del grupo como la cara impresa de uno de ellos, dejó de respirar. Se llevó una mano a la garganta, donde bombeaba su corazón acelerado, y miró alrededor con los ojos fuera de órbita.

No estaba sentado firmando. El guitarrista y el batería, sí, pero él...

«Créeme, vas a gritar», había dicho Catalina.

Oh, no lo haría porque de repente estaba muda. Y porque era una dama. Si no...

«Los discos, Lucía. Los discos. Mueve el culo».

«Que les den a los discos. Sal de ahí. Eres hija de tu padre; vas a montar una escena como te lo encuentres. Por tu bien».

«También eres hija de tu madre. Haz lo que tienes que hacer y déjate de tonterías».

Pero justo entonces, una figura alta y bien proporcionada se cruzó en su camino. Lucía observó de lejos cómo la caminata distraída y ajena a ella del chico lograba despertar un odio hasta entonces dormido.

A quién quería engañar. Ese odio estaba muy despierto. Estaba insomne perdido. No iba a necesitar pastillas para que pegara ojo; le haría falta un golpe con un bate e incluso a la tumba se llevaría el rencor.

Pensó en recorrer la pasarela y darle un puñetazo. Todo su cuerpo vibró violentamente en una clara respuesta afirmativa frente a la propuesta. «Sangre, sangre, quiero sangre». Luego se le ocurrió hacer ese mismo recorrido, pero para decirle de todo menos bonito.

«Cabrón, aprovechado, mentiroso. Egoísta. Farsante».

Llevaba muchísimo tiempo soñando con ese momento. Durante meses había alternado en torno a veinte supuestos en los que arruinaba su reputación. Y, sin embargo, sus pies no se movieron. Su rabia se congeló y la obligó a permanecer donde estaba hasta que él, que andaba buscando algo entre las estanterías de discos, levantó la cabeza y la miró a la cara.